

Año III — Núm. 155

Santiago, 20 de Diciembre de 1903

Volumen VI — Núm. 23

# Pluma y Lápiz



OH, EL CAMPO!...

## Pedro A. González

En el asilo hospitalario de San Vicente, en Santiago, acaba de morir Pedro Antonio González, a quien la crítica inteligente i justiciera había discernido el primer puesto en la poesía lírica nacional. La caridad pública, encarnada en la figura humilde de la Hermana, alivió en lo posible las últimas angustias del glorioso bohemio, para quien la muerte no significó otra cosa que la liberación de todas las miserias. Ante el destino triste i estremo de nuestro gran poeta, la gaceta no ha titulado en dar a González ese epíteto de «malogrado», tan cruel i doloroso, a pesar de su trivialidad. Sus amigos, sus admiradores i sus discípulos,—porque él los tuvo como lo tuvieron Poe, i Bécquer i Verlaine.—han honrado su memoria de poeta exelso, llevando en hombros sus despojos hasta el nicho de piedra del descanso eterno i dejando en él sus flores, sus lágrimas i sus recuerdos.

*Chile Moderno* nos ha encormentado hacer un estudio de esta vida literaria que acaba de extinguirse, tarea que emprendemos no sin temor de fracaso, pero con tanta mayor complacencia cuanto que en la propia poesía de este «malogrado» hemos aprendido nosotros a sentir la belleza i a profesar a sus altos intérpretes toda la admiración de que son dignos.

\* \*

Tres faces distintas presenta al ojo del análisis la personalidad intelectual de González: el profesor, el filósofo i el poeta.

Las dos primeras nos son casi del todo desconocidas.

La labor del maestro se reduce por lo jeneral a la cátedra donde su voz resuena i sus enseñanzas se recogen. La labor del maestro tiene este punto de contacto con la del actor. Para nadie como para ellos es tan ingrata la muerte. Pero quizás no sea pleonástico espontar aquí que muchos de los que hoy figuran con brillo en las artes o en la política recibieron de él las primeras lecciones de lenguaje i fueron por él iniciados en los procedimientos del estilo. González consideraba la gramática mas como ciencia que como arte, aunque la amara mas como artista que como pedagogo. Tenía de ella un conocimiento profundo i sólido; i sabía, como un buzo en el océano, encontrar los escondidos tesoros que hai en el arte divino del buen decir. Solo así se explica que, a pesar de su potente imaginación, de su lirismo brillante i atrevido, haya conservado siempre en su prosa i en su verso la mas impecable corrección lingüística.

Tampoco del filósofo nos queda nada, aisladamente. Este hombre raro, casi misántropo, no filosofaba sino en las tertulias literarias del café o de la sala de redacción. Tenía, sí, un inmenso amor por la filosofía, la ciencia matriz. Esto se ve, se palpa a cada paso, al traves de su poesía. Le seducían los grandes problemas cósmicos o psíquicos. Le eran familiares todos los grandes pensadores, desde Sócrates i Platón hasta Bacon o Des-

cartes, desde Darwin i Mill hasta Humboldt, Schopenhauer o Nietzsche. De ahí sus grandes éxtasis. De ahí sus miradas a lo alto, sus invocaciones al espacio, el oído pegado a la tierra, la cabellera tendida al viento del mar. «¿Qué somos? ¿De dónde venimos? ¿Hacia dónde vamos?» He ahí sus inquietudes, sus dudas, sus divagaciones. El filósofo, en González, tuvo siempre harta influencia sobre el artista, por mas que muchas veces no alcanzaran a cristalizar sus lucubraciones, o sus ideas no alcanzaran a pasar de las nebulosas de la abstracción. Era un espíritu rebelde a la doctrina. Abrazaba en un mismo odio los dogmas religiosos i los preceptos pedantescos. Si amaba la gramática i se avenía con ella, era porque encontraba en ella una profunda lógica. La gramática, debió pensar, es el álgebra del lenguaje. El lenguaje es un organismo vivo, plástico, objetivo, i se le puede analizar i conocer. Es, pues, posible dictar un sistema de principios que lo rija, a compas de la evolución. Pero en el mundo de la subjetividad es absurda toda ley. Por eso odiaba a los teólogos i a los retóricos, i tenía siempre una frase oportuna para afrentar a los disciplinarios del pensamiento. Ansíaba la mas absoluta autonomía, i por eso no podía soportar el sectarismo arbitrario, convencional i estrecho, fuera él del orden artístico o religioso, político o social. Se sublevaba ante los sofismas ridículos de la explicación de unos misterios sin explicación posible. Le irritaba el espectáculo grotesco de ritos i ceremonias anacrónicas que son burla de la ciencia i escarnio del análisis. Encontraba criminal la misión del clero de amordazar la razón i encauzar las corrientes psíquicas por la canal enmhecida i ruinosa de los cánones teológicos. Jamás la secta católica encontró en Chile poeta alguno que la atacara mas noble, mas sincera i valerosamente. Era un filósofo teísta, fuertemente inclinado al panteísmo. Dios, el Hombre i la Naturaleza: he ahí su trinidad. Soñaba en una comunicación recíproca i directa entre el Creador i la Creatura. Acaso podría decirse de él lo que él dijo de Pasteur: que cruzó por la tierra,

en profundo monólogo con su alma,  
en diálogo sublime con Dios mismo.

Pero donde su figura toma verdaderamente relieve propio, vigoroso i brillante, hasta hacer de González un hombre extraordinario, es en lo que corresponde al poeta, al artista enamorado de su arte. Sin hipérbole, el poeta tiene iguales pero no superiores en Hispano-América. En Chile, indudablemente, es el primero de todos los poetas i está a cien codos por encima de todos ellos.

Nada faltaba a la personalidad de González para constituir lo que se llama un gran poeta lírico. Imaginación opulenta, erudición sólida i variada, dominio absoluto de la técnica de su arte, todo lo tenía i de todo usaba con tal maestría, que jamás dejó de animar sus versos el hálito sagrado de la elocuencia poética.

*(Continuará.)*

Año III — Núm. 156

Santiago, 27 de Diciembre de 1903

Volumen VI — Núm. 24

# Pluma y Lápiz



## Pedro A. González

(Continuacion)

I ninguna gloria tan bien ganada como la suya. Era todo un hombre ya, había ensayado sus armas en el diario i la revista, i vivía como oculto en su cuarto de profesor-artista, haciendo modesta i casi huraña vida de muchacho estudiioso i trabajador. Un buen dia, le descubre un amigo, se maravilla de la novedad que respira su poesía, un diario le acoje favorablemente, los camaradas le alientan con su aplauso. Los viejos vates,—Lillo, Matta, de la Barra,—le saludan con cariño. «Es el primero de los nuevos», esclama el ilustre atacameño. I los nuevos, los compañeros de fila i de vivac, ebrios de triunfo, no tienen miedo de gritar a todo viento: «¡Qué! es el primero de todos!»

Por aquel tiempo, pareció ajitar las cabezas juveniles un soplo de renacimiento literario. La antigua poesía agonizaba ya, falta de savia, como un viejo árbol fatigado de dar sombra i frutos. El público se había empalagado con el eterno romanticismo de nuestra lírica. Los imitadores de Hugo i Lamartine, de Byron, de Núñez de Arce, de Zorrilla, de Epronceda o de Becquer, habían concluido por cansar el oido a fuerza de tocar un mismo repique en una misma campana. El triunfo de González era lejítimo, indudable. Joven i vigoroso, el nuevo paladín aparecía engalanado de atavíos nuevos, casi rejios, i armado de armas modernas, lujosísimas. Él había comprendido, abriendo en su obra i en su temperamento, braceando en el fárrago ampuloso de las Antologías, que era hora ya de que cayera de su trono el sentimentalismo erótico, patriótico o religioso, ídolo de los antiguos poetas, pero ídolo que había perdido la virtud de conmover el alma múltiple i versátil de las multitudes. Él había comprendido que la poesía, que la época i el ambiente necesitaban, era una poesía mas humana i jenerosa, mas «sensualista»; una poesía que hablara mas a los sentidos i a los nervios; una poesía, en fin, que hiriera nuevas cuerdas en el sentimiento i dejara reposar las que ya no respondían al tacto del artista por demasiado gastadas i vencidas.

Por esto, no se le puede negar a González el título de innovador i revolucionario. Fué revolucionario i innovador así en el fondo como en la forma, así en los asuntos de que se sirvió para inspirarse como en la manera original de tratarlos.

Fué realmente un «nuevo».

Ideológica i técnicamente, la lírica nacional iba empobreciéndose, empequeñeciéndose cada vez mas. Las odas al sol i al mar, altisonantes i declamatorias; los sonetos a la luna, anémicos i ripiosos; los madrigales dulzones al eterno femenino; las rimas lacrimosas i afectadas, i hasta los acrósticos, se repetían con una profusión solo comparable a su falta absoluta de estro, de idea, de emotividad, de cualidad alguna artística o siquiera literaria. Los RITMOS de González, como una ráfaga de viento primaveral, rico en gases saludables, llevaron cari-

cias de perfume i de luz, de color i de música a aquella atmósfera enrarecida i maleada. Su novedad, su brillo, su frescura, su poesía, en fin, fueron como inyecciones poderosas aplicadas a aquel organismo enfermo, enflaquecido i casi aniquilado, aunque no muerto.

Ya a la fecha de la aparición de los RITMOS, es cierto, soplos de juventud habían alcanzado hasta esta Isla Barataria de las bellas artes. El Azul de Rubén Darío había visto la luz, prolongado cariñosamente por nuestra pluma mas injeniosa i erudita, i atravesaba en són de triunfo todos los países latino-americanos hasta llegar al corazón de España, donde su lectura hiciera arrugarse el entrecejo bondadoso de don Juan Valera i afilarse la barbillal navaja de don Antonio de Valbuena. Los versos de Gutiérrez Nájera, de Martí, de Icaza, de del Casal, eran conocidos de nuestra juventud, gracias a las reproducciones de la prensa. Pero González tenía bastante talento para no desviarse el rumbo, i continuó su camino solo, sin besar a nadie las huellas, activo en el culto de su ideal artístico, no abandonando jamás, ante la gran majestad de la naturaleza, su lira de cuerdas metálicas, sonoras i vibrantes como sus heroicos triptálicos. González fué modernista; pero lo fué a su manera, con un estilo i un temperamento absolutamente personales. Su obra lírica no debió nada a la de ningún americano. No hai que colocarle, pues, a la siga de ninguno de los nuevos de este continente, sean Dario o Gutiérrez Nájera, Lugones o Chocano, Diaz Miron o Vargas Vila. Ocupa un lugar al lado suyo i es tan grande como ellos.

\*\*\*

Si no hubiera el temor de pecar de alambicado, diríamos que González había hecho una paleta del arco de su lira: tanto color gastaba i tan bien combinaba los matices. Era él en poesía lo que es en pintura Juan Francisco González: un gran impresionista. Pero el colorido de su estilo no desmedraba su musicalidad ni su plasticidad. En esto aventajaba, indudablemente, a Núñez de Arce, cuyas estrofas, plásticas i musicales, eran tan flacas de color i tan primitivas e infantiles en el empleo de las medias tintas.

Fiel a sus principios de arte nuevo, González utilizaba en provecho del suyo los recursos de todas las artes. Difícilmente se encontraría un poeta mas eufónico. Tuvo una rara facilidad para descubrir ritmos i metros nuevos i para ensamblar i entremezclar hábilmente los ya conocidos. Yambos i troqueos, anfibracos, dáctilos i anapestos eran en sus manos blanda i dúctil cera. Jugaba con los ritmos, tejía con ellos tapices sorprendentes, modelaba soberbios bustos, pintaba cuadros deslumbradores, sinfonizaba partituras caprichosas, siempre bellas. La composición *Tú*, que no aparece en

su libro i que es una de las tantas que la magnificencia de su lirismo prodigó a la publicidad efímera de las revistas juveniles, es una combinación anapéstica de inimitable dulzura:

Virgen nubil! Tu talle  
es jentil como el lirio del valle  
donde bate la niebla su undivago tul  
Tus cabellos son rubios  
como el alba que impregna de esfuvios  
los lejanos paisajes del eter azul.

Su estrofa favorita, sobre todo para los temas de largo i vigoroso aiento lírico, era el cuarteto endecasílabo de rimas alternas. En este metro están escritos sus poemas *El Monje* (intercalado en RITMOS), *El Toqui* (del cual se han publicado los cinco primeros fragmentos) i *El Proscrito*, casi enteramente inédito. Esta misma forma métrica es también la de su poesía *Lord Byron* (mucho mas byroniana, por cierto, que el poema de Núñez de Arce) i la de casi toda la sección «Temas» del volumen KITMOS. Hé aquí, para ejemplo, algunas estrofas de su composición *Un Libro*:

Lo lei. Lo halle audaz. Lo halle soberbio.  
La idea estalla. La palabra quema.  
Es todo vibracion. Es todo nervio.  
Es doctrina. Es protesta. Es anatema.  
  
Es música i relámpago. Es magnífico.  
Hai algo en él de los empujes grandes  
de las olas turbiestres del Pacífico,  
de los volcanes rojos de los Andes.  
  
Hai algo en él del gigantesco choque  
entre la evolución i el retroceso.  
Hai algo en él del formidable toque  
de la gran marselesa del progreso.

González popularizó brillantemente los metros descubiertos por el genio investigador i analítico de don Eduardo de la Barra,—ese imponente arquitecto de la métrica castellana. Aun llegó, en algunos casos, a hacer olvidar el nombre con que los bautizara su feliz descubridor i a reemplazarlo por otro de su invención. Tal ocurrió, verbigracia, con el verso de quince sílabas, el famoso *tripentálico*, que en su título indica sobradamente su formación. Leed el final de la composición *Psiquis*, escrita toda en este metro:

I tú embriagado llamas al Número. Cantas la copla  
del coro inmenso del himno eterno de los edenes.  
Brotan estrellas dentro de tu alma. Desciende i sopla  
un viento extraño de apocalipsis sobre tus sienes!

La célebre *Lucrecia Borgia* está también versificada así.

Yo cruzo altaiva, como una diosa de mármol griego,  
por los soberbios resplandecientes, vastos salones,  
dejando en torno, con mis miradas llenas de fuego,  
hechos pavesas, hechos cenizas los corazones.

Otro metro descubierto por de la Barra i popularizado por González es el anapesto de trece sílabas. El poema *Occidentales* tiene estanzas preciosísimas en esa forma métrica, i en ellas demuestra

el poeta una vez mas su maestría en el manejo de la rítmica.

Soi el viejo monarca del Sur! Soi el Austro.  
Yo sacudo el planeta con mi áspero cuerno  
cuando lanzo a sus vastos confines mi plaustro  
en las lóbregas alas del vértigo eterno!

Yo camino sin tregua de exodo en exodo.  
Yo gravito i me ciervo. Yo vuelo i me arrastro.  
Soi la nota del astro delante del lodo,  
soi la nota del lodo delante del astro!

Pero—i esto revela de manera elocuentísima el talento de este poeta tan tempranamente malogrado,—no solo con moldes nuevos hizo él su obra de reforma i novedad. Los metros i ritmos manoseados hasta el fastidio por los poetas anteriores a él, suenan a nuevo entre sus manos, al roce mágico de su estro poderoso. Es la olvidada anécdota del stradivarius tocado por el ciego callejero i por Paganini. Lo que en uno resultaba polifonía chocarrera i vulgar, era en el otro armonía esquisita i conmovedora. Percibid ahora la sonoridad de finísimo cristal con que tintinea en la lira de González la octava moderna, esa pobre estrofa contra la cual no había vate mas o menos ramplón que no acometiera:

...tus macilentos labios  
nunca dan paso a una fugaz sonrisa.  
Por tus pupilas nunca se divisa  
un dulce rayo de pasión vagar.  
Tú pareces un naufragio sin rumbo  
que, a donde quiera que a estrellarse vaya,  
sin fe en el porvenir, sin fe en la playa,  
se deja por las olas arrastrar.  
  
Tú cruzas por la tierra como cruza  
la noche paverosa por el cielo.  
Horror, silencio, oscuridad i hielo  
es lo que tú derramas donde estás.  
Tú no sueñas, no luchas. Tú no albergas  
ni una sola ilusión. Tú no ambiciones  
ni oro, ni amor, ni aplausos, ni coronas.  
Como un fantasma por el mundo vas.

Entre lo mas valioso de su tesoro, cuéntase sin duda su vocabulario. Si su fantasía era opulenta, su verbo era magnífico. Tenía una adjetivación maravillosa, insuperable. Característica suya era también la aristocracia de su rima. Rarísimas veces, por no decir nunca, recurrió al asonante. Detestaba las rimas pobres o demasiado usadas. Esta obseción de la «rima virgen» le llevó a veces a exageraciones de que difícilmente le saca a salvo su robusta inspiración. No nos referimos en esto al hecho de hacer consonar *s* con *z i c* (sonido suave), cuya prohibición no titubeamos en calificar de capricho preceptista o anomalía académica. Efectivamente, si es permitido hacer consonar *b* con *v i son*, por consiguiente, rimas perfectas *flavo i cabo, criba i fujitiva, lluvia i rubia* etc., no hallamos razón para que no lo sean *cierzo i verso, tuerce i moverse cuarzo i tarzo, cisne i tzine*, etc. La *b labial* i la *v labiodental* son entre sí tan consonantes como la *z i la s i la c*, esta última en su sonido suave, lingüidental.

(Continuará.)



**E. Gmo. 2º HELFMANN**

SANTIAGO - San Diego, 93

FÁBRICA DE CLICHEES

Autotipia — Zincografía — Fotolitografía —  
Heliografía — Fototipia



Año IV — Núm. 157

Santiago, 3 de Enero de 1904

Volumen VII — Núm. 1



## Pedro A. González

(Conclusion)

Intencionadamente hemos querido observar la face poética de la personalidad de González sólo por sus rasgos de poeta lírico.

Por lo demás, drámatico no fué, i es indudable que en el teatro habría encontrado dificultades invencibles: las mismas en que han tropezado siempre los grandes líricos. Chocano fué horrorosamente silbado en Lima. Ni Darío, ni Lugones, ni Díaz Miron han escrito nunca un drama. Núñez de Arce escolló siempre en la escena. El mismo Hugo no logró jamás la posesión total de los ressortes dramáticos. Sus obras teatrales, aplaudidas por las ardorosas explosiones de su lirismo romántico, son de una euritmia demasiado defectuosa para que sean perdurables.

Como poeta épico, quisieramos mas bien pasarse por alto. González escribió algunos poemas semi-heróicos,—filosofía, prehistoria, antigüedad indígena,—con el vigor i el aliento que le fueron tan suyos. Pero, a nuestro juicio, la poesía épica está tan muerta como las novelas caballerescas i las leyendas místicas. No hai héroes ahora, sino en el instante mismo de la acción que les sublima. El espíritu científico del siglo destruye las aureolas i los nimbo para analizarlos químicamente. Desvanecido el espíritu religioso, muerta i disecada la cándida fe tradicional,—paganismo primero i más tarde cristianismo,—ampliamente robustecido el amor a la verdad i nunca satisfecha la sed de investigación, lo sobrenatural resulta sencillamente inversímil, lo providencial absurdo, i lo heróico quijotesco. En su *Epopeya del Morro*, Chocano ha derrochado insensatamente el brillo de su imaginación tropical. El episodio de la defensa i toma de Arica,—hecho histórico ocurrido apenas una veintena de años, del cual se conocen hasta los más nimios detalles i se oye hablar a cada rato a los mismos sobrevivientes,—no podía prestarse para servir de asunto a un poema como ese, que es una sinfonía gigantesca de dos mil versos heróicos. González tuvo mas tino que el poeta peruano para la elección de sus asuntos, pues los ha buscado en las edades remotas, nebulosas aun para nosotros, que no se han desprendido todavía de su extraña atmósfera de fantasmagoría, de maravilla i de misterio, indispensables a la poesía épica.

Ni como prosista, ni como orador, ni como declamador siquiera, sobresalió nunca González.

Su prosa era armónica, elegante, correctísima. Muchas frases son versos perfectos. Muchos períodos martillean como estrofas. Pero, en general, es de una frialdad parnasiana. Hasta se diría que estaba entrabada por el afán del ritmo i de la música. Su elocución prosaica es cortada, solemne, a veces casi bíblica, pero bordea con frecuencia los lindes de lo oscuro i de lo abstracto. I nunca tuvo el nervioso i ágil vuelo ni la jenerosa facilidad de su elocución poética.

Ese mismo entrabamiento de su prosa parecía afectarle en su oratoria. González no pudo nunca

improvisar. No era absolutamente elocuente. Su labia carecía de toda virtud. En cuanto a su declamación, se hizo célebre en los círculos literarios de Santiago por su tonalidad monofónica i arrastrada. Corrobó una vez mas la tradición de que los poetas no saben declamar.

\* \* \*

La poesía de González es, ante todo, una poesía nueva, harto sonora, harto potente, harto luminosa. Personalísima i una, tiene méritos sobrados para que se la califique de original.

En un principio, González fué considerado como un decadente, como un enfermizo, como un desequilibrado. Pero a medida que el criterio ha ido desprejuiciándose, i educándose el gusto, a medida que la evolución se ha ido abriendo paso, nadie le ha negado el puesto que se merece, que nunca dejó de merecerse.

Innovador i revolucionario, fué un precursor i un maestro. El primero entre nosotros que se atrevió a encararse con el problema de la belleza i a definirla. Ya no hai incógnita, dijo. *La Belleza es la Armonía, mas la Vida!* Talento equilibrado i sólido, no era iconoclasta sino para levantar ídolos más hermosos en el altar de los antiguos ídolos. Así, si dió en tierra con nuestro antiguo romanticismo,—con ese romanticismo que bien pudiera llamar clásico, por venirnos de las viejas fuentes ibéricas,—fué para reemplazarlo por un romanticismo suyo personal, sujeto directamente de losjenios máximos, llámense Goethe, Milton o Dante, Hugo, Byron o Leopardi.

Hugo, entre todos, era su dios. Como él se recreaba en las imágenes atrevidas, monstruosas, colosales. Su flora lírica es casi toda de símiles i metáforas, de hipérboles i paradojas, de antítesis i elipsis. Sus símbolos eran casi siempre los astros, las cumbres, los volcanes, las olas, los abismos, los huracanes, los relámpagos, todas las grandes maravillas i los grandes fenómenos de la Naturaleza. Pero, como Hugo, sabía también tocar el fondo del corazón. Una voz de lo alto, vaga i profunda, le recitaba en el oído las *Mil i una noches* del ensueño. A la luz de la lámpara divina que ardía perpetuamente en su alma, presenciaba angustias apoteosis veía pasar en triunfo sus quimeras.

Poeta, alto i vigoroso poeta lírico, en toda la expresión de ese jeneroso sustantivo, vivió la vida como si la soñara, sintiendo repercutir en su alma la vibración de todas las tristezas, fulminando anatemas contra el mal, contra el dogma que engrilla la conciencia o la hipocresía que disfraza el carácter, i cantando exélsiores a los ideales que tienden su ala blanca sobre la Humanidad—esta marea formidable en perpetuo avance hacia las playas misteriosas de lo porvenir.

No era él, pues, el poeta egoísta i frío, bizarro i simbólico centinela de la torre de marfil. En el

arco de oro de su lira había incrustada mucha perlería; pero sus siete cuerdas eran todas de bronce i de ellas se escapaba así el arrullo langüidecente i grácil de la égloga como el grito áspero i ardiente de la odia. Todas las octavas del sentimiento humano estaban en ellas, i de ellas arrancaba la duda sus imprecaciones, la melancolía sus suspiros, la cólera sus estallidos, el escepticismo sus negaciones, la fe sus plegarias, la desesperación sus rugidos, el amor sus alegrías, la alegría sus risas i sus ritornelos.—Su musa no era una estatua, bella sí, pero muda i ciega en su impasibilidad de mármol: no, su musa era de carne, de sangre, de nervios... Su musa ponía el oído a todos los sollozos, tendía la mano a todas las súplicas, tenía lágrimas para todos los dolores. Su musa era hermosamente humana. Podría decirse que se cumplía en ella la vieja leyenda de Merlin: ella, como el hechicero, cantaba en el silencio armonioso de los bosques i hacía desgranarse los árboles en una lluvia de manzanas de oro.

\* \*

Ido este poeta, queda vacío el solio que él ocupó durante su vida. Ente la fila brillante i numerosa de los poetas jóvenes, no se destaca aún la personalidad que deba sucederle. Pasará mucho tiempo, quén sabe cuánto, antes que otras manos empuñen, lejítimamente, el cetro glorioso que la muerte ha arrebatado de las suyas. Muerto González, es difícil decir a quien le corresponde el título de «nuestro primer poeta». Ya no tenemos pontífice máximo.

A los artistas jóvenes, a los que ya se han iniciado i aun persisten en esta brega por el renombre, tócales trabajar i empeñarse honradamente a fin de destruir, como lo destruyó González.

Lez, el viejo i ridículo prejuicio de que nosotros no éramos capaces de producir un gran poeta. Tócales luchar doblemente, como hombre i como artista, y que en González fallaron la unidad i el equilibrio entre ambas entidades. Porque si bien González, como artista, no puede recibir reproche alguno, en cambio como hombre, como miembro de la gran colectividad humana, como hijo de la tierra que pisamos, fué siempre un doloroso vencido. Un error de óptica moral i acaso una atrofia del criterio de la realidad o una honda nenrósis producida por el abuso de la lectura i la abstracción, le llevaron a despreciar en grado extremo el prosaico detailismo de esta existencia de aquí abajo, i a mirar la vida como un sueño triste del que sólo se despierta con la muerte.

I nō, la vida no es un sueño. Símbolo perfecto de la vida nos parece el gran mármol de Plaza, *La Quimera*, esa egreja manifestación de la génesis artística de nuestra raza. González, como muchos otros, sólo tuvo ojos para mirar la divina figura de la mujer desnuda que abre los brazos i mira eternamente al cielo, en una dulce actitud de éxtasis i ensueño... Pero no vió el monstruo, la bestia fiera i hambruña que está debajo de ella, con las fauces erizadas, las fauces abiertas i las zarpas afiladas de herir.

I en la vida, en esta vida inmensa, múltiple i universal, trágica i grotesca a un mismo tiempo, adorable i miseriosa, que todos vivimos, siempre habrá mucho más de monstruosidad que de belleza, mucho más del ataque traidor i sangriento del dragón que de la sonrisa blanca i poética de la divinidad.

VÍCTOR DOMINGO SILVA

Valparaíso, octubre de 1903.

## HELEN

(De *El Porvenir* de Bogotá)

Tengo vivo el recuerdo  
De sus dieciseis años:  
Morena encantadora, de cabellera suelta,  
De intelijentes ojos e imperativos labios,  
Inquieta adolecente  
Llena de ensueños vagos:  
Amaba los poemas de pasionales versos,  
Amaba los asuntos de los famosos cuadros,  
Amaba la armonía... Recuerdo las veladas  
Cuando tocaba *Fausto*,  
Cuando al majestoso impulso de sus nerviosos dedos  
Tremblaba en un torrente de notas el piano;  
O bien cuando cantaba  
La triste *Serenata de Schubert*, sollozando,  
I a la postrera nota, volviéndose, tenía  
En las pupilas llanto,  
I medio oculto en rizos  
El vijinal semblante... profundamente pálido,  
Era una alma de artista  
Llena de ensueños vagos,  
Que despertaba ecos  
Triunfales a su paso.  
Un poeta le dij.:—«Feliz, que eres amada!»  
—«Feliz?» murmuró triste: «yo no sé lo que amo».

Iba muerto! Una orla negra sobre su dulce nombre,  
I esta palabra aciaga: *Murió*. ¡Dios mio! Cuándo?  
¡Por qué un presentimiento no me advirtió la angustia  
De a quel instante trágico?  
¡Tan jóven, tan hermosa, tan buena i tan querida!  
¡Quién s's la acompañaron?  
Yo hubiera puesto mi hombro—en el cortejo fúnebre—  
Para llevar el peso de su ataúd de raso,  
I hubiera echado flores por dentro del sepulcro  
Para formarle un lecho fragante i delicado  
Esa alma encantadora  
No pudo hacer su vida cual la forjó soñando...,  
¡Verjales cañíos,  
Derramad lirios blancos!  
¡Aves, sobre su tumba  
Parad el vuelo raudal!  
¡Poetas de mi patria, formadle una corona  
Tejida con aureoles i pensamientos raros,  
I enlutemos las liras  
Por la que amó lo bello i aprendió nuestros cantos!

Isafas GAMBOA

Chile, febrero de 1903.